

LA NOVELA FILM

N.º 137

30 cts.



DON CARLOS

POR

ELENA LUNDA

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651
Administración } BARCELONA

Año III

N.º 137

DON CARLOS

Adaptación literaria de la película
del mismo título, basada en la famosa obra
de igual nombre del célebre escritor Schiller,
interpretada por

ELENA LUNDA y ENRICO ROMA

Exclusiva de

JAIME COSTA

Consejo de Ciento, 317

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
JOHN BARRYMORE

Don Carlos

Argumento de la película

Felipe II, Rey de España, a quien unos llamaron el "Prudente" y otros el "Demonio del Mediodía de Europa" y que por abdicación de su padre subió al trono a la edad de 29 años, había recibido una educación sumamente religiosa. Persuadido de que el mantenimiento de su autoridad y el triunfo del catolicismo eran dos cosas inseparables, no perdonó medio alguno para que éste fuese reconocido por todos sus vasallos, lo que le ocasionó sostener una encarnizada lucha con los Países Bajos, que profesaban la religión de Lutero.

Corría el año 1556 y Francia y España luchaban con verdadero encono para arrebatarlos, la primera, nuestros dominios de Italia; y aun-

que los franceses lograron pasar los Alpes y entrar en Roma, este hecho no desmoralizó a las tropas españolas mandadas por el duque de Alba. Rota desde entonces la tregua de Vaucelles, firmada entre Carlos I, padre de Felipe, y Enrique II de Francia, el monarca español, después de reunir un poderoso ejército, lo puso a las órdenes de Filiberto, duque de Saboya, quien atacando a San Quintín ganó, en 1557, la memorable acción conocida por este nombre, apoderándose los españoles de más de cuatro mil prisioneros y de todas las banderas y artillería del enemigo.

Poco tiempo duró la lucha de los dos reyes, y vencida nuevamente Francia en Gravelinas, dos años después firmaron el tratado de Chateau-Cambresis en virtud del cual se estableció la paz entre las dos naciones.

Para que aquella no pudiera ser alterada fácilmente, Felipe II, viudo, a la sazón, de Doña María de Inglaterra, concibió la unión de los dos pueblos, por medio del casamiento de su hijo Carlos, habido con su primera esposa Doña María de Portugal y que había sido jurado heredero en las Cortes de Valladolid en 1565, con la princesa de Francia, Isabel de Valois.

A este efecto, Enrique II recibió una embajada española extraordinaria, para hacerle la petición oficial.

Conocía el Rey de Francia los deseos del Monarca español y, rodeado de todos los nobles y magnates de la más elevada clase, recibió en el mismo salón del trono al Embajador español, que postrándose respetuosamente le dió cuenta de su mensaje, diciéndole:

—Señor, con el objeto de sellar firmemente la paz de Chateau-Cambresis, Felipe II, Rey de España, os pide para su hijo, el infante Don Carlos, la mano de vuestra hija, la princesa Isabel de Valois.

—Me honra la real petición de que sois portador, señor Embajador — repuso Enrique II —. Mi real resolución probará a España todo el cariño y simpatía que por ella siente el pueblo francés.

Isabel de Valois, la bella princesita, que iba a servir de broche para unir la amistad de los dos pueblos, no ignoraba que en aquellos instantes la diplomacia disponía a su antojo de su porvenir, tal vez de su felicidad, y en su corazón de tímida paloma se aceleraban los latidos, con ese deseo pueril de penetrar en lo desconocido.

De riguroso incógnito, había formado parte de la embajada española el infante Don Carlos, deseoso de ver de cerca el hada de sus sueños, de extasiarse ante sus encantos, de conocerla sin que ella le conociese...

Esperaba Don Carlos, con infinita ansiedad, el resultado de la conferencia, cuando volvió el Embajador y le dijo:

—Las palabras del Rey son halagadoras y prometen una resolución satisfactoria, que no se hará esperar.

—Conde, por el cariño que sentís por mí, os ruego que nadie sepa que personalmente he formado parte de nuestra embajada — contestó el infante, por miedo a incurrir en el real enojo de su padre, que desconocía aquel viaje.

La primera entrevista entre el infante y la princesa fué casual, y después el amor, que desde el primer instante unió los dos jóvenes corazones, no pudo manifestarse más que a través de alguna que otra misiva; e Isabel tenía que contener los deseos de ver al amado, contemplando la rica miniatura que éste le había regalado.

La contestación de Enrique II a la embajada española no se hizo esperar y, con la misma solemnidad que la primera, el Rey de Francia dió cuenta al Embajador español de la resolución de la Corte diciéndole:

—Señor Embajador: Siendo viudo mi amigo el Rey de España, Felipe II, a él, antes que a su hijo, corresponde la mano de la princesa. ¡Isabel de Valois será, pues, la Reina de España!

Y con estas frases diplomáticas, quedó des-

truída para siempre la felicidad de dos seres que se amaban y que tendrían que ocultar el dolor de su amor bajo un mismo techo.

**

La desigual boda de la joven princesa y del anciano Rey se celebró poco tiempo después, con todo el lujo y pompa que se merecían tan altos contrayentes; y aquella unión rompió en flor las ilusiones del infante Don Carlos, dejándole sumido en una constante y profunda melancolía, que fué dulcificándose y amargándose a un tiempo, por la visión de aquella princesa adorada, hoy esposa de su padre.

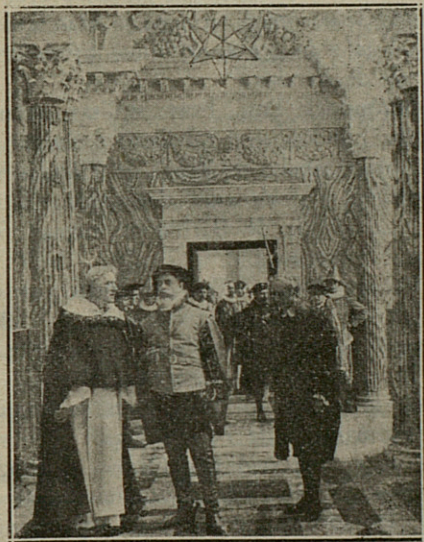
Era entonces primer ministro de Felipe II el duque de Alba, cuya política fué tan funesta y desastrosa para España, y uno de los principales representantes de la Santa Inquisición Fray Domingo.

Almas ruines, las de ambos, llenas de bajas y ambiciosas pasiones, existía entre los dos una mutua cordialidad, mal vista por la mayor parte de los nobles y particularmente por el infante Don Carlos en quien tenían un declarado enemigo.

Habían llegado a sorprender el secreto del desgraciado amor del infante por la princesa, y con el indigno deseo de la venganza vigilaban astu-

tamente todos sus pasos con el objeto de poderlo tener, el día de mañana, entre sus manos.

Pero no obstante, ninguna prueba delatora



Habían llegado a sorprender el secreto del desgraciado amor del Infante...

había llegado a poder de ellos. El infante Don Carlos, desde que Isabel fué prometida de su padre, supo esconder en lo más profundo de su

corazón el amor que por ella sentía y, más tarde, la respetó y acató como Reina y señora.

Isabel, por su parte, también había sabido borrar los rosados sueños de su juventud y, como un ruiseñor cautivo en una jaula de oro, acalló los trinos de su amor, sin que la más leve mirada ni el más inocente pensamiento enturbiasen la pureza de su alma.

El marqués de Posa, bravo militar, amante de su patria, pundonoroso caballero e íntimo amigo del infante, acababa de llegar de Flandes, donde el vigorismo y desórdenes del jurisconsulto Viglius y del conde de Barlimont habían fomentado más la revolución.

El infante Don Carlos, al encuentro de su amigo, sintió el alivio que las gratas confidencias proporcionan a los tristes enamorados, y le confió la causa de su desventura.

Al oír la historia de los amores de su querido amigo, el marqués de Posa contestó:

—Ríndete a la realidad, Carlos, y ahoga tus desengaños de amor en el sublime ideal de la Patria. ¡Piensa en Flandes, triste y agonizante por la tiranía de los privados de tu padre!... Vuela allá, amigo mío, donde tu generoso impulso puede aún corregir el daño de injustas y violentas persecuciones. Vuelve por el honor patrio, castigando con energía a los autores de los terribles pillajes, y con tu fe y tu entusiasmo por las

nobles causas acaba con las feroces represiones.

—¡Oh, sí, mi mejor amigo! — exclamó el infante, impresionado por las palabras del marqués—. Juro seguir tus consejos e inspirarme en tus anhelos, franco sentir de nuestro noble pueblo; pero antes de partir ayúdame, procurando el apoyo de la reina.

El duque de Alba y su amigo, Fray Domingo, habían vertido con sutil astucia el veneno de la murmuración, y toda la Corte empezaba a susurrar los inocentes amores de la Reina y el infante.

Las frases maliciosas, lanzadas por una voz misteriosa, repercutían por los amplios salones de palacio y habían llegado incluso a oídos del Rey, que empezó a sospechar de la fidelidad de su esposa y del respeto de su hijo.

Momentos después de la conversación que acabamos de relatar entre Don Carlos y su amigo, el marqués de Posa se presentaba a la Reina, que con sus damas paseaba por los jardines de palacio, y entregándole varias cartas exclamó:

—Acabo de llegar de Francia y traigo cartas de vuestra real familia.

Entre ellas había una del infante Don Carlos, en la que el joven enamorado repetía sus protestas de amor y de respeto y terminaba diciendo:

“... y para mitigar mis penas de amor, procu-

rad que mi padre me conceda el gobierno de Flandes, donde el pueblo sufre los abusos de ambiciosos privados."

La revelación inesperada de la sublime idea del infante conmovió a la casta dama y heroica enamorada que no se opuso a hablar con Don Carlos, que, alejado, esperaba sumiso la orden de acercarse.

Al verse junto a ella, sólo con su amada, no pudo contener los ímpetus de su corazón enamorado, y cayó a sus pies, besando con infinita pasión la linda mano que le ofrecía la Reina.

Isabel de Valois, al recibir aquel beso sintió correr por sus venas todo el fuego de su pasión contenida; pero sobreponiéndose a su primer impulso exclamó:

—¡Infante! ¿Olvidáis acaso que soy la esposa de vuestro padre?

Ante el dulce reproche, contuvo Don Carlos su vehemencia y contestó:

—Precisamente por eso, por el respeto que os tengo, acabo de suplicar a mi amigo, el conde de Lerma, que pida para mí el gobierno de Flandes, y espero, señora, que apoyéis mi petición, influyendo cerca de mi padre.

—Confiad, Don Carlos, que aunque mi influencia es poca en los asuntos políticos, procuraré complacerlos.

Mientras tanto, el duque de Alba y Fray Do-

mingo, interesados en conservar a toda costa su poder y su valimiento, seguían, desde uno de los miradores de palacio, aquella interesante escena, y gracias a ellos Felipe II sufrió el dolor de los celos.

A pesar de la prisa que se dieron los malvados en avisar al Rey, cuando éste llegó al lado de su esposa la encontró completamente sola, gracias al oportuno aviso del marqués de Posa, que vigilaba por la seguridad de los dos amantes.

Aquella vez habían fracasado las perversas intenciones de los dos privados, pero, no obstante, sabían que el amor es uno de los sentimientos humanos más difíciles de ocultar y que no tardaría en llegar la ocasión de vengarse.

No se hizo ésta esperar mucho tiempo, sino que aquella misma tarde, el infante Don Carlos pudo comprobar la influencia que el duque de Alba ejercía sobre su padre.

Se hallaba el Monarca despachando los asuntos más difíciles del Estado, cuando el Conde de Lerma, al exponer su opinión respecto a Flandes, pidió para el Infante este gobierno, diciendo:

—Entiendo que la simpatía y el entusiasmo del infante Don Carlos afianzará Flandes a vuestros dominios.

Eran tan convincentes los razonamientos que aducía el Conde, que Felipe II estaba a punto

de acceder, cuando el duque de Alba, que ambicionaba aquel gobierno, exclamó:

—Señor, confiar el gobierno de Flandes al infante Don Carlos sería lanzar a un peligro los intereses de la Iglesia y del Estado.

Y una vez más el interesado criterio del funesto ministro se sobrepuso a las conveniencias de la Patria y al logro de un bello ideal.



Al día siguiente el duque de Alba, valiéndose de su astucia y de su falsa adulación, consiguió que el Monarca accediese a su deseo, diciéndole:

—He resuelto confiaros el gobierno de Flandes, Duque, y la sumisión de los revoltosos. Podéis despediros de la Corte, para partir dentro de breves días.

El infante Don Carlos, enterado por el conde de Lerma de la negativa de su padre a concederle el gobierno de aquel país, que pensaba regenerar, se presentó en la cámara regia, para formular personalmente la petición.

El joven, en su noble anhelo de hacer justicia a un pueblo que se hallaba oprimido por el implacable rigor y la desmedida ambición de sus gobernantes, no llegaba a comprender por qué motivos su padre se empeñaba en alejarlo de la política.

Desconocía en absoluto que el Rey hubiese penetrado en el secreto de su antiguo amor y, mucho menos, que los delatores fueran sus dos encarnizados enemigos.

Desde hacía tiempo, la disconformidad de caracteres entre el hijo y el padre era manifiesta, y al verlo éste entrar le preguntó con su acostumbrada rigidez:

—¿Qué se le ofrece al infante Don Carlos?

—Señor, vengo a pedirlos lo que el conde de Lerma hizo ayer en mi nombre.

—Supongo que el Conde os habrá enterado, sin duda alguna, de cuál fué mi respuesta.

—¿Por qué no queréis confiarme el gobierno de Flandes? — suplicó el Infante.

—Tu excesiva sed de mando no es una buena garantía para el éxito de tu empresa. He dispuesto otra cosa. Tú seguirás en Madrid y el duque de Alba se hará cargo de ese gobierno.

Mientras tanto el primer ministro de Felipe II no dejaba pasar el tiempo inútilmente y se trasladó a las habitaciones de la Reina para despedirse de ella, diciéndole:

—Señora, a la confianza real rebo el gobierno de Flandes. Antes de partir, dignaos aceptar el testimonio de mi lealtad.

La infeliz Reina, por uno de esos presentimientos propios de un corazón enamorado, había sospechado desde un principio de la hipó-

crita lealtad del Duque y del odio que éste sentía hacia el Infante.

Conocía además la perversidad del ministro y la influencia que tenía sobre su esposo, y por eso soportaba, con mal disimulado desagrado, la presencia de aquel reptil dentro de palacio, que poco a poco iba envenenando la vida del Rey y la suya.

Al salir el Infante de las habitaciones de su padre, se encontró con el duque de Alba que salía de las de la Reina y exclamó, sin poderse contener, en presencia de varios nobles:

—¡Auguro triste para España la misión que se os acaba de confiar, Duque!

—¡Pensad que os salva el ser hijo del Rey! —repuso el Duque en tono amenazador.

El carácter fogoso del joven Infante y el odio que sentía hacia aquel hombre, no le permitían sufrir semejante insulto, y pronto las espadas salieron a relucir.

En aquel instante salió la Reina quien, ahogando un grito de espanto, detuvo a los combatientes que se atacaban con encarnizada furia.

Al verla, el Infante enfundó su espada, en señal de sumisión, y esperó, arrodillado, a que desapareciera, mientras que el Duque se alejaba, sin dignarse siquiera esperar que se ausentase la Reina.

Aquella misma tarde el infante Don Carlos

recibió una misteriosa misiva de la duquesa de Eboli, camarera mayor de la Reina, que decía:

“Con la llavecita misteriosa que os envió llegaréis sin dificultad a las habitaciones de la Reina. Encontraréis un paje advertido que os conducirá a donde os espera una dama.”

La duquesa de Eboli, mujer astuta e inhumana, a pesar de tener íntimas relaciones con Felipe II amaba con desesperante pasión a Don Carlos, el cual jamás tuvo para ella más que las galanterías propias de la Corte.

Este desvío por parte del Infante la hizo sospechar que otro amor ocupaba el corazón de su amado e impedía que éste fuera suyo. Desde que tuvo este presentimiento indagó y vigiló todos sus pasos hasta que la casualidad le descubrió la certidumbre de sus sospechas, al encontrar en un pequeño cofrecito de la Reina las cartas y el retrato que éste le enviara, antes de ser la prometida de su padre.

Con estas poderosas armas, no dudó en llamar al Infante, segura de que acudiría a la cita, creyendo que sería la Reina la dama a que aludía la carta.

Indudablemente la astucia de una mujer es superior a cuanto pueda imaginarse, y el Infante acudió ilusionado a la misteriosa cita, atribuyéndola a un deseo de la Reina Isabel.

Siguió las instrucciones de la misiva y quedó

asombrado al encontrarse con la duquesa de Eboli, que le dijo:

—¿Os entristece seguramente mi presencia, Carlos? ¿A quién creíais encontrar aquí?

Ante el silencio e inmovilidad del Infante, se levantó de su asiento y arrojándose en sus brazos suplicó:

—Acompañadme un rato, os lo ruego...

Pero Don Carlos pudo desasirse de aquel abrazo y exclamar, señalando una carta que había sobre la mesa en la que reconoció la letra de su padre y de cuya fidelidad a la Reina había tiempo sospechaba:

—Ved, señora, que esta carta de mi padre me pone al corriente de vuestras intimidades.

—¿Y qué valor puede tener para mí vuestro padre, si os amo a vos solamente? — repuso la Duquesa, apoderándose inmediatamente de la carta.

—Dadme, pues, una prueba de ello, regalándomela — le exigió el Infante.

No era tan incauta la Duquesa, para no comprender que lo que quera el Infante era una prueba contra su padre, para poder estar a salvo de cualquier incidente que pudiera surgir en sus amores con Isabel de Valois.

Sin llegar a negarse a ello, procuró distraer a Don Carlos con sus caricias, pero éste se apode-

ró disimuladamente de la carta y huyó de los brazos de la de Eboli.

El desprecio del Infante hirió en lo más íntimo su orgullo y su amor propio, y el deseo de vengarse de la que consideraba su rival se apoderó de ella con la rabia y la desesperación de un alma tan inhumana como la suya.

Ella tenía las pruebas que necesitaba para satisfacer su venganza contra la Reina, y en el duque de Alba y en Fray Domingo supo hallar los instrumentos que necesitaba su odio.

Se cubrió con un largo capuchón que la ocultaba por completo; atravesó, procurando no ser vista, las habitaciones reales y entró en las del duque de Alba, que se hallaba acompañado de su amigo, a quienes dijo:

—¡Debéis advertir al Rey que la Reina le traiciona!

—¡Dadnos prueba de ello! — exclamó el duque de Alba.

—Dentro de poco podré procuraros unas irrefutables — repuso la celosa mujer.

En efecto, no había transcurrido media hora, cuando se presentó de nuevo la duquesa Eboli y les entregó las cartas y el retrato del Infante, que la Reina guardaba en su cofrecito secreto, diciendo:

—Cumpló mi palabra. Aquí tenéis las cartas deladoras.

Con la misma alegría que un sediento ve un manantial, así aquellos tres seres, incapaces de sentir ningún sentimiento de humana piedad, concertaron su plan para vengarse de la inocente Reina y del noble Infante.



... que la Reina guardaba en su cofrecito secreto...



Al otro día, para comentar la decisión del Rey, los dos amigos, Don Carlos y el marqués de Posa, se entrevistaron lejos de palacio.

El marqués, después de oír la relación de los sucesos acaecidos la noche anterior, exclamó:

—Debes desconfiar de la duquesa de Eboli. Es mujer que todo lo sacrifica a su odio y a su capricho.

—Descuida; la Duquesa no teme — repuso sonfiado el Infante —. Tengo en mi poder la prueba de sus relaciones con mi padre. Esta es arma que puedo esgrimir y ha de proporcionarme alguna ventaja...

—No sigas por ese camino — le interrumpió el Marqués —. Mejor es que pienses en mitigar el mal que puede causarnos a todos el duque de Alba.

En tanto que los jóvenes renovaban sus promesas de amistad y se conjuraban para atender al honor de la Patria, que veía en peligro, Fray Domingo dejaba las cartas delatoras del secreto de la Reina donde antes pudieran caer en manos del Rey.

Pocas horas después, las cartas amorosas del Infante estaban en poder de Felipe II, que mandó llamar inmediatamente a su ministro y a su confesor para decirles:

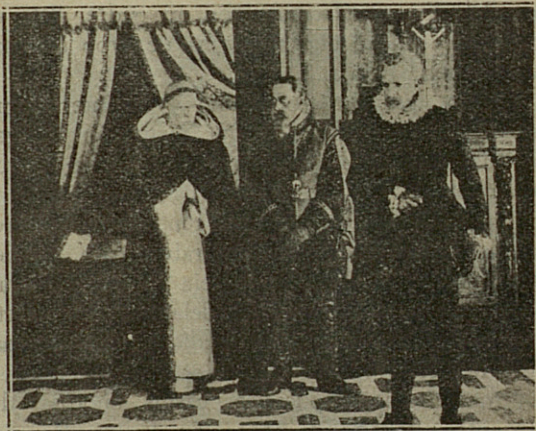
—¡Es preciso que confeséis lo que haya de cierto en la conducta de la Reina!

—He de confesaros, Señor, que se habla con insistencia de la traición de la Reina — repuso humildemente el eclesiástico.

—Se murmura también referente a la ilegiti-

midad de la infantita Eugenia — replicó el Duque.

Deliberadamente, aquellos dos hombres habían abierto una llaga en el corazón del Rey y



—¡Es preciso que confeséis lo que haya de cierto en la conducta de la Reina!...

éste, al verse solo, pasó los instantes más amargos de su vida, sin poder llegar a creer toda la infamia que le habían confesado sus privados, de cuya lealtad empezó a sospechar.

Al día siguiente, el Rey recibió en audiencia, con el solo objeto de encontrar en la Corte un

hombre capaz de descubrir la verdad y a quien confiarle un asunto de honor.

La nobleza y la lealtad del marqués de Posa eran proverbiales entre los nobles, y al verlo Felipe II exclamó:

—Declaro, Marqués, que el Trono ha de agradeceros grandes servicios. ¿Por qué vivís siempre fuera de Madrid?

—Señor, vivo alejado de la Corte, tan sólo por mi excesivo amor a la guerra, a la Patria y a toda causa noble.

—Noble y muy noble es la causa que os ha de confiar hoy un hombre, no un Rey... Vos sois amigo de mi hijo Carlos y noble apreciado por la Reina... ¿Queréis estudiarlos... penetrar en sus corazones y leer en sus almas?...

La casualidad le ofrecía al Marqués la ocasión de salvar a su amigo y a la desgraciada Reina, y aceptó la orden del Monarca.

Seguidamente, el marqués de Posa utilizó las atribuciones que le había otorgado Felipe II y empezó a desarrollar el plan que había de salvar al Infante y reivindicar el honor de Isabel de Valois.

Comprendía que el mejor medio para acallar las murmuraciones era separar a los dos enamorados. Fiado en su idea y en la influencia que debía ejercer la Reina, penetró en sus habitaciones y le dijo:

—Señora, por el bien de todos conviene que el infante Don Carlos pase a ocupar el gobierno de Flandes. Vos debéis ser, Señora, la iniciadora de la idea.

—¿No sabéis, marqués, que ése gobierno ha



—Noble y muy noble es la causa que os ha de confiar hoy un hombre, no un Rey...

sido cedido por el Rey al duque de Alba? —repuso la soberana.

—Lo sé, Señora, pero vos debéis hablar de nuêvo al Rey, para salvar la vida del infante Don Carlos. ¿Me haréis esta merced?

—Os prometo hablarle dentro de breves momentos, Marqués, e influir con todo mi valer para salvar a vuestro amigo.

Y el Marqués, satisfecho de la marcha que tomaban sus asuntos, salió en busca de Don Carlos, para que le entregase las cartas que tenía de la Reina y de la duquesa de Eboli, en la que veía un poderoso enemigo que había que aniquilar inmediatamente.

A la hora de costumbre, la infantita Eugenia fué a recoger el preciado óbolo de las caricias paternas, pero aquel día sólo encontró la frialdad de un alma a la que la duda había flagelado.

Sobre su mesa Felipe II repasaba por centésima vez las cartas y el medallón acusador de la traición de su esposa, mientras que la niña jugaba inocentemente con la rica miniatura del Infante. Aquel objeto, juguete en manos de la infantita, era en las de su padre una prueba segura de la infidelidad de la Reina; y ante su visión los celos se aferraron con más fuerza en él, haciendo que en su alma se desencadenara una borrasca tempestad de encontrados sentimientos, que estalló al presentarse la Reina en sus habitaciones.

Isabel de Valois, fiel a su palabra, acudía a su esposo para cumplir la promesa hecha al Marqués, y cuando ella anhelaba encontrar en el

calor del regio hogar fuerzas para su sacrificio, sólo encontró la humillación en las palabras del Rey, que mostrándole el retrato del Infante le preguntó:

—¿Podrías justificar cómo ha llegado a nuestro poder este retrato?

—¡Sois injusto conmigo! — repuso, ofendida, la Reina—. Este medallón no es más que un recuerdo antiguo e inocente... fué un regalo de vuestro hijo, anterior a nuestro matrimonio.

Pero Felipe II, en aquellos momentos, había perdido su característica serenidad, y los insultos salían de su boca como dardos punzantes que se clavaban en el dolorido corazón de su esposa, que no pudiendo sufrir por más tiempo aquella humillación cayó al suelo desvanecida.

A una llamada del Rey acudieron los servidores, y el Monarca exclamó:

—Le Reina necesita atentos cuidados. ¡Conducidla a su cámara!

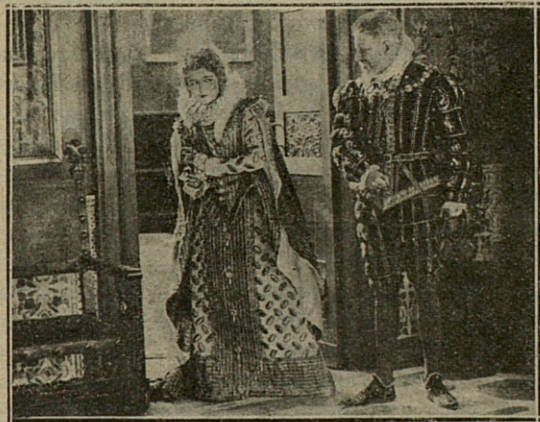


En palacio se comentaba con avidez los anteriores sucesos, especialmente el desmayo de la Reina, cuando el marqués de Posa volvió nuevamente a las habitaciones particulares de Felipe II, para entregarle las cartas que el Infante poseía de la duquesa de Eboli y decirle:

—Majestad, estas son las cartas que la male-

dicencia atribuye gratuitamente a la Reina... Como véis, es la duquesa de Eboli la que se relaciona con el infante Don Carlos.

—Me estáis prestando un nuevo y gran servicio, Marqués — exclamó el Rey al conocer las



—¡Sois injusto conmigo! — repuso, ofendida, la Reina.

relaciones de su hijo con la Duquesa —. Os ruego que prosigáis esas averiguaciones.

—Para terminarlas con éxito, sería conveniente que Vuestra Majestad se dignara firmarme esta Orden Real, para poder detener a quien

crea necesario. Adivino una conjura de personas poderosas y quiero combatirla con plena autoridad.

Felipe II dudó unos momentos, pero ante el servicio que había empezado a prestarle el Marqués, firmó la Orden Real, en la que éste tanto confiaba para salvar a la Reina.

Mientras tanto el infante Don Carlos recibía un anónimo en el que se demostraba la intervención del marqués de Posa en las querellas de la real familia.

La lectura de este anónimo produjo una infinita amargura en el alma de Don Carlos, que creyendo en la traición de su noble amigo exclamó desconsolado:

—Faltándome la amistad del Marqués debo unirme a la duquesa de Eboli y confesarle toda la verdad para que me perdone.

Pero un misterioso personaje espiaba los pasos del Infante, y cuando éste estaba a punto de declarar a la Duquesa su secreto, se presentó el marqués de Posa diciendo:

—¡Infante Don Carlos, en nombre del Rey sois mi prisionero! ¡En cuanto a vos, Duquesa, temed más que a mi venganza a la justicia divina!

El marqués de Posa condujo al Infante a la cárcel, y cuando se presentó a la Reina para

darle cuenta del arresto de Don Carlos, ésta exclamó extrañada:

—No os entiendo, Marqués. Si amáis al Infante no debías haberle arrestado.

—Señora, ha de bastarle saber que he salvado al Infante — repuso el aristócrata —. Vos debéis, Señora, terminar mi obra procurando por todos los medios que Don Carlos vaya a Flandes.

Y tranquilizando a la Reina con la seguridad de que el Infante no corría peligro alguno, abandonó las habitaciones reales para proseguir su delicada misión.

Los acontecimientos de palacio se precipitaban con extraordinaria rapidez, debido al impulso del duque de Alba y de Fray Domingo, y el marqués de Posa comprendía que la vida de su íntimo amigo, y tal vez la de la Reina, corrían un serio y muy próximo peligro.

Ante la realidad de los hechos no había más que una solución; que un inocente sufriera las iras del Rey, haciéndose culpable de la falta que se le inculpaba a Don Carlos.

Las cartas que éste envió a Isabel de Valois carecían de fecha y firma, y muy bien una nueva carta, dirigida a la Reina y firmada por una tercera persona, que cayese en poder del Rey, podría devolver la confianza de éste en su hijo.

Nadie como él estaba obligado a sacrificarse

por aquella amistad, y sin pensarlo más tiempo hizo que llegara a la Real Censura una carta que decía:

"Reina adorada: Aun sin esperar recompensa, te amo desde que el Cielo me mostró tus gracias en la Corte de Francia.

Marqués de Posa."

La simpatía del infante Don Carlos era tan popular, que la noticia de su arresto empezó a producir viva indignación en el pueblo; y voces liberales, amantes de España y de sus glorias, clamaban por la muerte de los traidores y la libertad de Carlos.

Mientras tanto, el marqués de Posa se presentó en la prisión del Infante y le explicó:

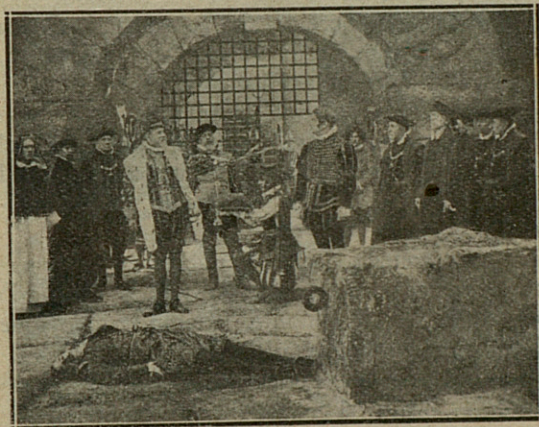
—Entregué al Rey las cartas de la Duquesa y te arresté, para impedir que te perdieras declarando la verdad. Tú te debes a la Patria, Carlos. Tu intervención espontánea en Flandes puede todavía reivindicar nuestro honor, llevando allá aires de renovación.

—¿Me acompañarás tú? — preguntó Don Carlos.

—No — repuso tristemente su amigo—. Yo debo quedarme para aguardar sereno el castigo del Rey — y le dió cuenta de la carta que había

escrito, para salvarle; pero el Infante, conmovido por la sublimidad de aquella acción, exclamó:

—No lo permito, noble amigo. ¡Declararé la verdad al Rey, mi padre!



Y con suprema altivez, el infante, ante el cadáver de su amigo se irguió en presencia del Rey...

En aquel instante sonó un disparo, y el marqués de Posa rodó a los pies del Infante, mortalmente herido.

En la puerta de la prisión, el Rey, acompañado del duque de Alba y de Fray Domingo,

contemplaba el cadáver del Marqués, satisfecho de haber realizado un acto de justicia.

Al verlos entrar, comprendió Don Carlos toda la verdad y, con el corazón anegado en dolor por la pérdida de su leal amigo, exclamó:

—¡Murió un inocente! Su amor por la Reina fué puro engaño; un nuevo sacrificio de amistad, fidelidad y amor a la Patria.

Y con suprema altivez, el Infante, ante el cadáver de su amigo se irguió en presencia del Rey y supo renunciar con valentía a la libertad y los honores que tan fácilmente podía recuperar.

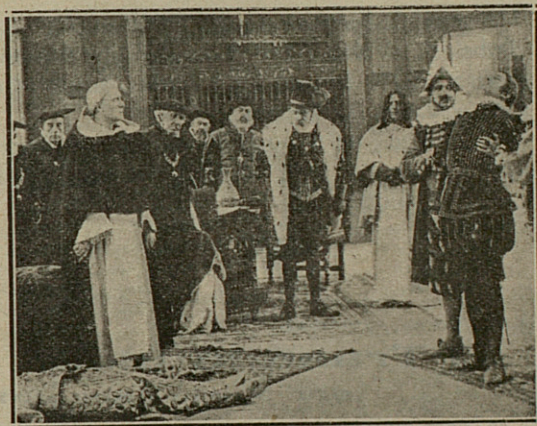
Seguía, aquella noche, el pueblo en las puertas de palacio, en actitud revoltosa, clamando por la libertad del Infante, ignorando todos que Don Carlos había aceptado voluntariamente aquella situación; y un emisario de las masas le proponía la fuga y el mando de las fuerzas populares, mientras que en la cámara real, Felipe II consultaba al Gran Inquisidor un caso de conciencia, diciéndole:

—Dime, Cardenal, ¿existe una Justicia que absuelva la muerte de un hijo?

—Jesús, Hijo de Dios, murió crucificado para reconciliar a los hombres con la Eterna Justicia — contestó intencionadamente el Gran Inquisidor.

A la vez que se celebraba esta conferencia, el

infante Don Carlos, antes de ponerse al frente del pueblo, acudió a la Reina para obtener su permiso, diciéndole:



—¡Verdugos de mi patria, dadme presto la muerte!...

—¡Reina y Señora, dadme vuestro permiso para unirme al pueblo y salvar a Flandes!

Antes que pudiera contestar la noble dama, se abrió violentamente la puerta de su estancia y apareció el Rey, en unión del Gran Inquisidor y de sus privados, diciendo:

—Dime, Cardenal: ¿qué debo hacer ante la traición de mi hijo?

—¡Sea el Infante llevado al patíbulo! — contestó lacónicamente el representante del Poder Divino.

Un grito desgarrador resonó en la amplia sala e Isabel de Valois cayó al suelo sin sentido, mientras que el infante Don Carlos, sujeto por varios soldados, exclamaba:

—¡Verdugos de mi patria, dadme presto la muerte! ¡El amor y la libertad me añoran ya lejos de la tierra!

FIN

Compre usted

El Trasatlántico

por María Jacobini

LOS GRANDES FILMS de La Novela Semanal Cinematográfica

YA SE HA PUESTO A LA VENTA

el tercer volumen de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

MIGUEL STROGOFF

O EL CORREO DEL ZAR

por
Iván Mosjoukine
Natalia Kovanko
Tina Meller

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor. - Barcelona